

# Presentación

## **I. Nuevos centros económicos en Asia, nuevos poderes**

El contenido de este libro es de hecho el complemento del número 4 de *MR*, publicado con el mismo título genérico de *Rupturas y continuidades en la economía-mundo*, un intento de fijar la mirada en los nuevos y viejos perfiles que adopta el capitalismo global en los comienzos del siglo XXI. En esta ocasión, hemos seleccionado un conjunto de artículos que analizan y proporcionan información original y valiosa sobre la evolución reciente de las tres mayores economías asiáticas: China, India y Japón. A pesar de que en cuestiones fundamentales estas tres economías, y las tres sociedades respectivas, son radicalmente diferentes, como queda de manifiesto en los textos de este volumen, todas ellas comparten un conjunto de características económicas, políticas, estratégicas y culturales que hacen pertinente este enfoque unitario. Estos tres países reúnen la característica central de ser hoy en día actores de primer orden en el ámbito económico y geopolítico en una escala que crecientemente desborda el ámbito regional. Su proximidad física, el tener como base de expansión económica más directa el mismo continente y algunos rasgos culturales compartidos contribuyen a cimentar la idea de un conjunto coherente, al menos a efectos analíticos. China e India, además, están inmersas en una dinámica de crecimiento y expansión económica que, al menos en términos estadísticos, se asemeja al dinamismo de la economía japonesa durante las décadas de los 60, 70 y 80 del siglo pasado.

Ciertamente, las diferencias entre cada una de estas economías son enormes como también lo son sus contradicciones y potenciales conflictos.

Los tres son actores importantes pero con historias, capacidades y limitaciones abismalmente diferentes según sean los aspectos considerados. Quizás el aspecto común más claro, y preñado de implicaciones para el futuro, de su historia reciente es que su trayectoria económica, expansiva en el caso de China e India, consolidada en el caso de Japón, los está convirtiendo en *poderes*, esto es, sociedades singulares con inusual acceso a los medios de ejercer influencia y capacidad de decisión y coerción en el sistema mundial.

Desde muchos puntos de vista resulta muy problemático caracterizar a Japón como una «economía emergente», y no lo es en el sentido con que se define la peculiar ascensión de las economías china e india. Japón es desde hace cuatro décadas una de las más grandes economías de la OCDE y no sólo por una cuestión de renta o por su peso global en la economía mundial, sino especialmente porque durante una larga etapa, entre los años finales de la edad de oro del capitalismo (1945-1973) y, sobre todo, las años de reajuste profundo de las economías centrales como respuesta a la gran crisis de 1973-1974 y años subsiguientes, muchas de las innovaciones empresariales, y en especial, las referidas a los métodos de organización, que alentaron la recuperación y posterior expansión procedían de este país. También algunas de las principales configuraciones empresariales del capitalismo contemporáneo tienen su origen en Japón y, consiguientemente, líneas enteras de producto no sólo se elaboran o se han fabricado en Japón o en las líneas de montaje desplegadas en el mundo entero por empresas basadas en ese país, sino que han sido concebidos por ellas.

Durante al menos dos décadas la economía de Japón lideró la expansión económica de Asia y especialmente la zona del sudeste asiático. Esta ha sido tradicionalmente su zona de expansión «natural» en donde ha buscado, y encontrado, mercados, economías complementarias, factores de producción y una masa crítica sobre la cual erigir un gran poder económico. La Tríada, los tres grandes centros del capitalismo de la postguerra, ha tenido, de hecho, uno de sus pilares en Japón. Este lugar privilegiado del país en la economía mundial fue clarísimo en la décadas de 1970 y 1980, en los años de la crisis del capitalismo y cuando empezaron a cuajar las vías de transformación del orden económico; período en que la economía japonesa mostró un dinamismo y una fuerza expansiva, comparativamente, muy superior a la de sus directos competidores del núcleo capitalista. Y poco a poco, este predominio económico se fue transformando también en una creciente influencia política que, contemporáneamente, da pie a la consideración de este país como un verdadero *poder emergente*.

En términos históricos, el peso que van asumiendo China y la India en la economía mundial no sólo es más acorde con su población (2.300 millones de habitantes, un 40% de la población mundial) sino que de alguna

manera resitúa, aunque en un contexto radicalmente diferente, el papel que estos dos países tuvieron en la economía mundial en la segunda mitad del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Andre Gunder Frank en su último y excelente libro<sup>1</sup> sitúa en Asia la cuestión crítica de la construcción de una nueva hegemonía capaz de dar paso a una etapa expansiva que trascienda la región. Otro analista de la historia del capitalismo y colega de Gunder Frank, Immanuel Wallerstein, señala que la posibilidad de que se articule un núcleo asiático capaz de funcionar como centro hegemónico depende en buena medida de la capacidad de Japón y de China para desarrollar estrategias conjuntas, tanto en forma de complementariedad económica como alcanzando acuerdos políticos y estratégicos estables. Wallerstein propone un símil con la situación en que se encontró en la inmediata postguerra el capitalismo en Alemania, Francia y otros grandes países europeos que se vieron impelidos a desarrollar un ambicioso programa de convergencia económica y política.<sup>2</sup>

El cambio de contexto en los años 90, tras la explosión de la formidable burbuja inmobiliaria y financiera (que sirve una vez más para recordar que la creencia de que los elevados aumentos de los precios de los activos durarán siempre es un espejismo) a la que siguió una fortísima recesión que, finalmente, devino una crisis estructural del capitalismo japonés, abrió un largo período recesivo que en realidad se ha extendido con algunos altibajos desde 1990 hasta 2005. La recuperación japonesa tiene mucho que ver con la expansión económica de China y la India, que significó de hecho la construcción de un mercado gigantesco hacia el cual dirigir las inversiones y sus exportaciones. Un buen indicador de esto es que China sustituyó a Estados Unidos como principal socio económico de Japón<sup>3</sup>.

En el transcurso de estos años la sociedad y la economía han cambiado significativamente. Han emergido problemas que parecían erradicados en el Japón de postguerra: el paro<sup>4</sup>, la precarización de una parte de los jóvenes (incluso con formación y capacitación profesional), la aparición de bolsas de pauperización y de grupos crecientes de personas que, con pautas similares a las que caracterizan a la denominada nueva pobreza en Europa occidental, no tienen ninguna actividad ni albergan expectativa de vida alguna, viéndose así abocadas a la marginalidad, la dependencia y la anomia social<sup>5</sup>. Todo esto no es ajeno a la orientación neoliberal que durante estos años ha rediseñado aspectos claves de la economía y de la sociedad japonesas.

La situación de China es, comparativamente, más compleja y ciertamente más paradigmática. La transformación de la economía y la sociedad chinas se produce bajo la égida de un régimen político y social que reúne lo

peor del estalinismo y del capitalismo, como hemos señalado en alguna otra ocasión desde estas mismas páginas. Como no puede ser de otra manera, la naturaleza del régimen político que guía la modernización y expansión capitalista determina cuestiones claves de la vida de la gente, las dinámicas sociales, la evolución de la estructura social, la vida pública, las estructuras de poder real y los equilibrios básicos sobre los que se sustenta la vida humana y los ecosistemas. Por la amplitud y escala de los cambios, así como por las dimensiones de China y su población, todos estos arreglos interpelean globalmente en este caso a la economía-mundo en su conjunto y al sistema mundial de sociedades, lo que muy probablemente es una situación sin precedentes en la historia del capitalismo contemporáneo.

La prensa económica y los medios de comunicación en general en Occidente publicitan de forma muy intensa todos los indicadores y datos macroeconómicos que fotografían día a día la actividad económica en la China actual. Los organismos internacionales mantienen una especial fijación en el país y junto a sus datos, evaluaciones y análisis proporcionan continuamente proyecciones que coinciden en una misma dirección. El capitalismo del siglo XXI tendrá su centro más dinámico en Asia. La proyección de China, y secundariamente de India, al estatus de super-centro económico es la conclusión lógica. Imágenes tales como la «fábrica global» o China la «superpotencia tecnológica» contienen hechos económicos tangibles, evoluciones probables en un futuro próximo junto con elementos puramente publicitarios o fantasiosos. Y, quizás lo más importante, al focalizar toda la atención en determinados aspectos de la transformación económica —invariablemente esta focalización se realiza bajo el prisma de los países del núcleo, en una suerte de eurocentrismo renovado— se deja una enorme zona de invisibilidad que afecta fundamentalmente a tres tipos de cuestiones. Por una parte, los efectos de toda clase que sobre la población china tiene este proceso; por otra parte, los costos ecológicos no reflejados en los precios pero no por ello menos reales; y finalmente, las reacciones desde abajo ante las políticas expansivas que sigue el país y derivadas de las fuertes tensiones que conlleva tan rápida transformación económica.

Junto al crecimiento de las exportaciones —China se ha transformado en el tercer exportador mundial tras Estados Unidos y Alemania—, la expansión de la producción industrial, el crecimiento sostenido de la renta y la conformación de conglomerados de capital chino que ocupan espacios y líneas de producto de una tecnología intermedia en segmentos crecientes del mercado mundial, tenemos otro aspecto que no nos puede hacer olvidar la naturaleza de la economía y la sociedad china y que la diferencia de los otros países del núcleo capitalista. Una parte abrumadora del comercio exterior de China (alrededor del 80% de la exportación de alta

tecnología corresponde a operaciones de empresas transnacionales instaladas allí) se corresponde a operaciones intrafirmas sobre las cuales la economía china y sus planificadores pueden ejercer un control limitado. Ejemplos como este, que reflejan la ambivalencia de la transformación económica de China, se podrían multiplicar y los textos presentados en este libro nos proporcionan muchos, de manera que la imagen de un superpoder económico en ciernes debería quedar matizada. Ciertamente, China no es un país «emergente» más —como México, Corea del Sur o incluso Brasil—, pero tampoco reúne las características de los grandes países capitalistas incluso cuando su producto interior ha superado al de economías como Italia, Inglaterra o Francia.

La sociedad china se enfrenta además a un conjunto de fracturas sociales que no cesan de profundizarse y que plantean una amenaza muy seria para la viabilidad del orden social y político en un futuro próximo. Las desigualdades territoriales y sociales no han cesado de ahondarse y esto más allá de la lectura lineal que hacen los organismos internacionales al contabilizar personas que cada año obtienen ingresos monetarios que los sitúan por encima del umbral de pobreza. Lo decisivo al respecto es la profundidad de la regresión que se ha dado en todos los mecanismos redistributivos puestos en práctica por el antiguo régimen comunista así como el resultado de las nuevas orientaciones de la política económica y de la política en sentido estricto. Podemos ilustrar algunas de estas múltiples fracturas utilizando la información suministrada por Rafael Poch, el excelente corresponsal de *La Vanguardia* en China<sup>6</sup>. Reproducimos algunos datos: se estima que la mitad de la población no puede acceder a la atención médica en caso de enfermedad; sólo el 25% de la población urbana y el 10% de la rural dispone de algún tipo de seguro médico; el 75% del gasto en sanidad se dirige a la China urbana donde vive menos de un tercio de la población; 300 millones de personas no tienen acceso a agua potable; China ocupa el cuarto puesto mundial, por la cola, en equidad referida al acceso a la sanidad... Los datos no terminan aquí, pero lo relevante es que han sido presentados por el propio ministro de Sanidad chino, Gao Qiang. Los veinte años de expansión han transcurrido por una carretera de doble vía, y una de ellas conduce a un tipo particular de subdesarrollo social.

## II. El nuevo rostro asiático del capitalismo

Desde hace unos cuantos años los ciudadanos de los países de capitalismo avanzado están comprendiendo que el conjunto de sus economías, prósperas y dominantes, comienza a tener competidores respetables en Asia (particularmente los casos citados de Japón, China e India) y que el trayec-

to que siguen estos países está probablemente anunciando una gran transformación en el sistema mundial, de las economías, pero también de las esferas de influencia y los poderes, para el futuro próximo. Pero perciben con dificultad en su vida cotidiana, o sólo empiezan a entreverlas, las implicaciones globales de ese cambio.

Una visión próxima y cotidiana de esta gran transformación nos la proporciona, quizás, la apabullante red de comercios que emergen en las ciudades y pueblos y que ofrecen a muy bajo precio los más diversos objetos fabricados en China, la India, Vietnam y otros países del sudeste asiático, una forma directa de visualizar uno de los aspectos menos estimulante de la globalización: la profusión casi infinita de objetos clónicos, carentes de todo atractivo, que se pueden encontrar tanto en un pueblo del sur de Francia, en una ciudad del norte de África como en cualquier poblado de América Latina; objetos y mercancías que, sin embargo, estructuran en la actualidad una porción creciente del campo del consumo.

En un plano más invisible, pero no menos tangible, los consumidores de los países del centro y de amplias regiones del mundo se abocan a la paradoja de que líneas enteras de productos utilizados cotidianamente y muchos de ellos con un peso significativo en la cesta de la compra y en la formación de los índices de precios: ropa, calzados, productos textiles, juguetes, herramientas, material escolar y muchos otros, mantienen unos precios bajos a pesar de proceder de fábricas muy lejanas, de haber realizado costosos desplazamientos de miles de kilómetros y de, en algunos casos, tratarse de productos tecnológicamente sofisticados. Invariablemente la etiqueta *made in China* o *made in India* está presente.

Este aspecto cotidiano de la globalización económica interpela moralmente a los ciudadanos de los países centrales. Sabemos taxativamente que una parte creciente de los productos que consumimos a diario se producen bajo relaciones sociales cercanas a la esclavitud. Sabemos cómo las empresas occidentales negocian con sus interlocutores chinos e indios para obtener los «mejores precios», y empezamos a conocer algo más de las condiciones de trabajo y de las «innovaciones» productivas que introducen en los procesos de trabajo, por ejemplo las *fábricas flotantes*, desarrolladas para responder a la demanda mundial en un entorno competitivo. Al respecto, recomendamos a nuestros lectores y lectoras la película-documental *China Blue*, del director estadounidense Michel Peled, que ofrece un retrato ácido de las condiciones de vida de un grupo de jóvenes en una gran empresa que trabaja para el mercado mundial.

Pero la gran transformación que se avecina tiene más implicaciones. Desde el punto de vista de su impacto sobre los sistemas naturales, el crecimiento económico de países como la China y la India representa -ya se

ha sugerido— elevados costes ecológicos para los ecosistemas de su entorno así como para su población, como es el caso de los problemas sanitarios derivados del hecho que muchas ciudades chinas ocupan los primeros lugares del ranking mundial de contaminación atmosférica. Las particularidades del régimen político chino, con su tendencia a los macroproyectos y con su falta de libertades políticas, agrava los efectos destructivos del crecimiento económico (puede pensarse al respecto, por poner un ejemplo, en la presa de las Tres Gargantas).

Además, dada la dimensión demográfica de India y China, el impacto de su crecimiento —que siguiendo el modelo occidental se basa principalmente en las energías no renovables— tiene efectos de carácter global que afectan al presente y al futuro de toda la humanidad. Así, estos países se han convertido también en «gigantes» por lo que se refiere a las emisiones de gases de efecto invernadero y difícilmente puede pensarse en una reducción futura de las emisiones mundiales sin la moderación de su uso de combustibles fósiles aunque, en el mundo extremadamente desigual en que vivimos, ni las poblaciones respectivas china e india ni las personas que en otras zonas del mundo mantienen posiciones políticas solidarias y de izquierda exigente pueden considerar aceptable esa reducción unilateral cuando las emisiones per cápita de los países más ricos, empezando por las de Estados Unidos, que ni siquiera ha ratificado el protocolo de Kyoto, son incomparablemente más grandes.

Desde el punto de vista de la disponibilidad de recursos, las economías india y china, cada vez más petrodependientes, generan también crecientes tensiones de alcance mundial: hay acuerdo en que uno de los factores que explica el reciente encarecimiento del crudo —y de otras materias primas— es la expansión de la demanda de esos países. Parece sensato pensar que los problemas que esta expansión plantea no son coyunturales, aunque sobre este punto se hace necesario mayor información y debate racional; la cuestión no es cuándo se acabará el petróleo sino cuándo empezará a disminuir su extracción —lo que se ha llamado el *peak oil*— y cada vez hay más opiniones en el sentido de que dicho momento no puede estar muy lejano. Ello no sería tan problemático si coincidiese con una rápida transición hacia otras fuentes energéticas —o/y con una creciente austeridad en el uso de la energía en todos los países, empezando por supuesto por los del Primer Mundo—, pero lo previsible es que la creciente sed del llamado oro negro y los problemas de oferta llevarán a un problemático final de la era del petróleo barato.<sup>7</sup>

### **China, India y Japón: tres narrativas contradictorias**

El capítulo 1 del libro conecta los fenómenos emergentes con los aspectos estructurales y las regularidades que han marcado buena parte de la historia del capitalismo. Se trata de una entrevista con Harry Magdoff («El capitalismo como economía mundial») realizada en 2003 por Huck Gutman con ocasión de la celebración de su 90 aniversario y que publicamos también como un pequeño homenaje al amigo recientemente desaparecido, economista crítico, coeditor y animador de la *Monthly* durante tantos años. Magdoff sitúa un conjunto amplio de problemas económicos y políticos recientes (la transformación económica de China e India, el problema del petróleo, la invasión de Irak...) en su conocida perspectiva del imperialismo y en la naturaleza misma del capitalismo. Y concluye: «No existe forma de escapar a la lógica interna del sistema. Superar los males del capitalismo requiere crear una sociedad radicalmente distinta, basada en una transferencia de poder destinada principalmente a satisfacer necesidades básicas de todas las personas.» Una percepción que la transformación capitalista en curso pone a la orden del día de forma dramática.

El capítulo 2 («El dudoso futuro de la India como gran potencia», de Samir Amin) analiza la situación económica y política actual de la India, revisa sus posibilidades de futuro, comparándolas con las de China, conectándolas con las estructuras sociales y políticas heredadas del pasado colonial que siguen marcando a la sociedad e hipotecando su futuro. Amin se ocupa de esta cuestión tan compleja utilizando en cierta forma la perspectiva del «presente como historia» tan característica de MR, situando las cuestiones más contingentes de la sociedad india en las coordenadas temporales y espaciales en que pueden comprenderse: la historia de la colonización y la particularidad de la conformación del Estado y de su estructura de clases y, por otro lado, la ubicación de la India en la economía-mundo de hoy. El autor manifiesta un claro escepticismo respecto a las posibilidades que tiene la India de transformarse en un gran poder económico. La limitación fundamental reside, a juicio de Amin, aparte de la herencia colonial, en el característico sistema de castas que sitúa a 250 millones de personas, una cuarta parte de la población, es una situación de disponibilidad para cualquier trabajo bajo cualquier condición —algo parecido a la llamada «economía de subsistencia» que se da en las grandes ciudades latinoamericanas—; y a otra parte que se ve privada de la propiedad de la tierra o que posee tan poca que resulta insuficiente para su propio sustento (unos 500 millones de personas). Esta particular estructura de clases se acaba de configurar con otro 20% de la población, alrededor de 200 millones de personas, que integra a las élites y a las clases medias y medias-altas. El autor señala que carece de sentido afianzar una estrategia de desarrollo



centrado en la parte de la población que tiene pautas de consumo similar a la occidental (el 20% mencionado) y considera «que la mayoría, que suma unos 800 millones de indios asolados por la pobreza, no suponen más que un lastre al que el país está encadenado [...] La minoría sólo puede ser privilegiada a causa de la explotación de los recursos del país y de los trabajadores que constituyen la mayoría». Es probable que en términos puramente económicos la estructura de clases de la sociedad india que describe Amin no sea un obstáculo significativo para la acumulación capitalista y para entrar en una dinámica de fuerte expansión. Al fin, la parte privilegiada de la sociedad y las clases medias, junto a los grupos sociales que en el futuro próximo previsiblemente incrementarán el empleo asalariado en la industria, constituyen un mercado formidable que puede asegurar una demanda continuada y sostenida. La mano de obra abundante y barata no tiene por qué ser un lastre, sino que por el contrario, puede ser una ventaja para la acumulación capitalista. Sin embargo, una sociedad tan compleja como la India, con fracturas sociales tan profundas y con desigualdades extremas tendrá muy difícil encontrar un punto de estabilidad social, política e institucional que facilite su expansión económica y su proyección como potencia regional.

El capítulo 3 («Las nuevas relaciones estratégicas entre los Estados Unidos y la India», del Grupo de Investigación en Economía Política) pone de manifiesto el alcance del nuevo diseño estratégico estadounidense en Asia y el lugar que ocupa la India en el mismo. El trabajo suministra abundante información sobre lo mucho que ya han avanzado en este camino los planificadores estadounidenses, especialmente a través de acuerdos de cooperación militar y estratégica, puntuales pero que apuntan a una alianza estratégica en la cual Estados Unidos parece dispuesto a potenciar el papel de India como un gran poder regional en la medida que sirva de contención frente a China. La formalización de cualquier alianza estratégica requiere que los actores de la misma visualicen su propio interés en la misma. En el caso de Estados Unidos éste es muy claro, en el caso de la India es bastante más difuso y más arriesgado. Los autores destacan como unos de los riesgos no menores para India la eventual militarización de su economía, principalmente a través de un continuado y fuerte incremento del gasto militar y, sobre todo, las pesadas restricciones que implica el alinearse de forma tan estrecha con Estados Unidos precisamente cuando este país está embarcado en un aventurismo militar que no parece tener límite.

El capítulo 4 («China, el mercado y la economía asiática», de Martin Hart-Landsberg y Paul Burkett) nos proporciona un minucioso análisis de la conexión de la economía china con el mercado mundial y sobre su relación específica con los mercados del sudeste asiático, con Corea del Sur y Japón, con Estados Unidos y otros centros de la economía mundial. Hart-Lands-

berg y Burkett trazan un escenario ambivalente en el que se presentan un conjunto de oportunidades y riesgos derivados de la expansión china de signo diferente según sean los países y segmentos de la economía mundial que se considere. Estos autores sugieren abiertamente que estamos en presencia de una nueva división regional del trabajo que puede modificar en un futuro próximo los sillares sobre los que se ha organizado la economía en muchos países asiáticos, incluido en alguna medida Japón. El punto medular es saber cómo la inversión directa de las grandes empresas multinacionales en China, tras una primera etapa en la cual el desarrollo de la misma inversión genera una demanda añadida de bienes y servicios provistos por la empresa matriz, va a afectar a las economías desde donde se ha deslocalizado la producción. Como tanta veces ocurre, lo que es bueno para Sony, Toyota o Canon no necesariamente lo ha de ser para Japón y sobre todo para los trabajadores japoneses. Los autores destacan que la complementariedad de la economía china con la japonesa, por ejemplo, produce en la actual fase rendimientos crecientes para ambas y probablemente siga siendo así durante un tiempo, pero esta división implícita del trabajo por la propia dinámica económica no puede quedar fijada en el tiempo. Esta relación contradictoria se produce también en la relación entre China y Estados Unidos.

El capítulo 5 («Las condiciones de la clase trabajadora en China» de Robert Weil) nos muestra, con datos recientes recogidos por el autor en distintos pueblos y ciudades chinas y a través de entrevistas y reuniones con trabajadores y grupos de activistas, una parte de la realidad social china actual que habitualmente no aparece en los discursos públicos, «invisible», como hemos dicho antes. La línea de fuerza fundamental de este texto es la profundización al parecer imparable de la desigualdad, por la concentración de la riqueza, pero también por la extensión de una zona social de extrema pobreza conformada principalmente por inmigrantes del campo que no han encontrado acomodo en los distritos industriales. El autor pone de manifiesto la exacerbación de actitudes segregacionistas entre las poblaciones urbanas hacia los nuevos habitantes de las ciudades y sitúa estos valores y componentes de la cultura cívica y política de la población entre las enormes disparidades que se han producido en las condiciones de vida del campo y la ciudad. Este capítulo analiza también el desarrollo reciente de una amplia gama de movimientos de protesta, resistencia pasiva y acciones colectivas organizadas protagonizadas por los trabajadores y ciudadanos que ilustran las dinámicas políticas y la activación de la lucha de clases económica en este paisaje social novedoso y tan turbador, en muchos aspectos próximo a la visión de George Orwell, que es lo que Miliband denominó con ironía (sombría) *estalinismo de mercado*. Las personas interesadas por conocer cómo son las relaciones laborales bajo este tipo de régimen encontrarán en este trabajo respuestas bien fundadas.

El capítulo 6 («Japón: ¿gigante con pies de plomo?», de Makoto Itoh) describe con precisión el tránsito de la economía japonesa desde la larga recesión hasta la actual recuperación y sus efectos sobre la población. El paisaje económico y social del Japón de la poscrisis es en algunos aspectos sustancialmente diferente. Itoh resalta el fortísimo impacto que tuvieron las privatizaciones de algunas de las grandes empresas públicas en el debilitamiento del sindicalismo y de la acción organizada de los trabajadores, con la consiguiente pérdida de capacidad de negociación colectiva. Esto explica en parte la irrupción en la sociedad japonesa de fracturas sociales que o no existían o tenían una entidad cuantitativamente menor tales como una alta tasa de paro entre los jóvenes, un deterioro continuado de la calidad del empleo entre determinados sectores sociales, el incremento de enfermedades asociadas al trabajo, una tasa de suicidio que es la mayor de todos los países miembros de la OCDE y el doble que la de Estados Unidos. El autor resalta cómo la economía y la sociedad japonesas se enfrentan ya a una compleja transición demográfica que tiene como aspectos más relevantes la caída de la tasa de natalidad y el consiguiente envejecimiento de la población. Una consecuencia no menor de las políticas neoliberales aplicadas para salir de la crisis.

### **III. Rupturas y continuidades en la economía-mundo**

El propósito de este libro y de su primera entrega, el n° 4 de *Monthly Review. Selecciones en castellano* (titulado «El nuevo rostro del capitalismo»), ha consistido en definir los perfiles fundamentales, viejos y nuevos, del sistema mundial y del capitalismo global en los años del cambio de siglo y una vez aproximadamente asentadas las pautas de la nueva era que se abre después del cataclismo de 1989-1991 y el fin de la Guerra Fría. Por lo que se refiere a ese balance entre lo viejo y lo nuevo, los trabajos incluidos en el número 4 destacaban el «nuevo rostro del capitalismo», un conjunto de cambios que contribuyen a dibujar o consolidar la imagen de unas sociedades de mercado que han modificado, en algunos puntos de manera drástica, los familiares perfiles del llamado capitalismo del bienestar (y de la concomitante contraposición entre Primer Mundo y Tercer Mundo), así como de las relaciones económicas y sociales precedentes del sistema mundial. El capitalismo, desde luego, sigue siendo el capitalismo: conserva unos caracteres estructurales que lo identifican como sistema social con leyes propias, motivo por el cual ciertos análisis de otras épocas siguen manteniendo su validez y utilidad para entender el presente. Es el caso, por ejemplo, de la noción de Ejército de Reserva Industrial de Marx (véase al respecto el análisis de los Magdoff en el capítulo 5 del n° 4 de MR, que apli-

ca la noción con patente eficacia a la economía-mundo actual). Pero ciertos aspectos del capitalismo de hoy exhiben tales transformaciones que bien harían (y en parte hacen) los analistas y movimientos políticos de hoy en tomar nota de que, en esos enclaves, el capitalismo actual no se puede entender desde las viejas categorías. En esa dirección se incluyeron trabajos en el n° 4 que mostraban el significado de la Nueva Economía, basada en las nuevas tecnologías de la información y la comunicación; pero también de la nueva economía de la precarización producto de los desarrollos —y también los fracasos políticos y sindicales— acaecidos durante la última generación, la época del neoliberalismo.

Los acontecimientos contemporáneos en Africa muestran la pervivencia de los «viejos» problemas y características del capitalismo, sólo que ahora sus consecuencias acumuladas son de tal magnitud que generan problemas «nuevos», como las migraciones masivas y desesperadas a las economías del Primer Mundo, que forman parte integral del «nuevo rostro» al que hemos hecho referencia. Algo similar puede decirse de la interacción entre la dinámica económica del mercado y la crisis medioambiental (véanse los capítulos 3 y 4 del n° 4). Finalmente, se destacó en la primera entrega (el n° 4) que el «nuevo» capitalismo se caracteriza sobre todo en los países del centro por generar crecimiento lento, con grandes excedentes de capital y un formidable nivel de endeudamiento (véase el capítulo 1, de John Bellamy Foster y Harry Magdoff).

El presente libro, como se ha comentado, completa este balance del nuevo paisaje de la economía política mundial. La tendencia central a la que apuntan los distintos capítulos es esta. Primero, a pesar de producirse de manera laboriosa y contradictoria, y de cuajar seguramente sólo a largo plazo, los centros decisorios del sistema mundial están desplazándose de manera más ágil hacia las grandes economías asiáticas. Y segundo, de confirmarse esta tendencia a significativos cambios en el núcleo del sistema mundial, el modelo que ha protagonizado un país tan enorme como China desde la revolución de 1949 quedaría doblemente alterado. Por un lado, porque la vieja aspiración igualitaria que inspiró la revolución misma quedaría ya sepultada en la historia. Por otro, porque el modelo de sociedad consolidado allí después de 1989-1991, en sí mismo ya un retroceso mayúsculo respecto de esa aspiración igualitaria (también emancipatoria), podría dar lugar a una continuidad de la dictadura política o su conversión (a la rusa) en otra variante del «capitalismo de bandidos» del que han hablado no pocos activistas y analistas al referirse a la Federación Rusa reciente y actual. De hecho, no son pocos los datos que permiten pensar en este último escenario<sup>8</sup>. Sea cual sea el desenlace, en cualquier caso, las transformaciones societarias de esta índole nunca se producen de manera

«limpia» y los resultados acostumbra a ser una mezcla, a veces de apariencia disparatada, de los diversos modelos y formas sociales que se han entremezclado en el trayecto. Algo de esto queda bien reflejado en el documentado artículo de Robert Weil, que permite constatar los paradójicos papeles, a veces contrapuestos, que pueden jugar las tradiciones diversas de la izquierda, en este caso la tradición estalinista y las distintas valoraciones que hacen de ella sectores de la clase trabajadora china, la élite del Partido y, más ampliamente, los activistas de izquierda de otras partes del mundo.

Hay un aspecto de este potencial desplazamiento de los poderes en el capitalismo global del presente y próximo futuro que se encuentra latente en los diversos análisis y sobre el que merece la pena llamar la atención de manera explícita. Los experimentos económicos y sociales de gran dimensión, entre ellos, modernamente, la expansión del capitalismo, no se llevan a cabo en un escenario inerte, una esponja que absorbe cualesquiera impactos que reciba. El modelo de vida occidental, en curso acelerado de extenderse a todo el mundo (eso sí, selectivamente, sólo a ciertos sectores privilegiados de las diversas estructuras de clase nacionales), ha producido ya un impacto negativo de gran calado en el planeta Tierra. Desde hace aproximadamente medio siglo esta constatación es ya moneda común entre los conocedores expertos en el tema<sup>9</sup>; y crecientemente, entre la población en general. La progresiva integración de las enormes economías asiáticas consideradas en este volumen en el capitalismo global y el modelo o estilo de vida (y de consumo) occidental<sup>10</sup>, como hemos recordado, está llevando el problema a una nueva dimensión que permite pensar, en la estela de los perceptivos títulos de Eric Hobsbawm, en una nueva Era de los Límites en la que, hay pocas dudas, ya hemos entrado y que tendríamos que contabilizar entre las *rupturas* que estamos presenciando en la economía-mundo. Se avecina una época en que probablemente la lucha de clases y la lucha por una existencia decente (que exige frenar la degradación ambiental que provoca el actual metabolismo entre el ser humano y la naturaleza, ampliado a una escala cada vez mayor, así como reconducir problemas que afectan al planeta como un todo, entre otros, la tendencia a la sobrepoblación, el agotamiento de los recursos y el sangrante aumento de las desigualdades) serán una y la misma cosa. Sweezy lo resumió muy bien: «Es necesario erradicar y sustituir el capitalismo mismo, con su actitud inherente hacia los seres humanos, tanto como hacia la naturaleza, que convierte a ambos en medios para un fin externo».<sup>11</sup>

Salvador Aguilar, Arcadi Oliveres, Jordi Roca y Carlos Zeller  
Barcelona, 14 de octubre de 2006

## Notas

1. Andre Gunder Frank, *ReORIENT: Global Economy in the Asian Age*, University of California Press, Berkeley, 1998. pp 314-320. Un estudio «magnífico» según Jack Goody, uno de los mejores conocedores académicos del tema, que conecta la emergencia de los poderes asiáticos con la aparición y desarrollo del capitalismo. Sitúa Goody la cuestión de este modo: «El objetivo al que apunta Frank es el de "re-orientar" Occidente así como, de hecho, el punto de vista mundial acerca de la historia humana, por lo menos en lo que se refiere al periodo de 1500 a 1800. Al descubrir que Oriente fue el centro de un sistema mundial bastante antes de su supuesto desarrollo en Europa, que en realidad tuvo lugar en la época posromántica, Frank pasó a rechazar enérgicamente el eurocentrismo»; en Jack Goody, *Capitalismo y modernidad: el gran debate*, Crítica, Barcelona, 2005, p. 93.
2. Immanuel Wallerstein, «El cambiante papel geopolítico de Asia oriental», Comentario 143, agosto de 2004, Fernand Braudel Center, Binghamton University.
3. Véase «Les recettes inattendues de la reprise japonaise», Sanford M. Jacoby, *Le Monde Diplomatique*, París, mayo de 2006.
4. La tasa oficial media de paro fue de 2% a comienzo de los años 90, de 5,5 entre 2002 y 2004 y de alrededor de un 4% en 2005. No obstante, Makoto Itoh resalta («Japón: ¿gigante con pies de plomo?», en este volumen) que existe consenso entre los economistas japoneses acerca de que las estadísticas oficiales de desempleo en Japón deberían doblarse para hacerlas comparables con las de los demás países de la OCDE.
5. Para una visión periodística del paisaje social del Japón actual, véase «Mal-vivre au Soleil-Levant», Odaira Namihei, *Le Monde Diplomatique*, mayo de 2006, París.
6. Véase el excelente artículo de Rafael Poch «China reconoce el desastre sanitario», en *La Vanguardia*, octubre de 2005.
7. J.C. Campbell y J.H. Laherrère, «The end of cheap oil», en *Scientific American*, 1998.
8. Aunque estos procesos de reconversión endógena y adaptación de los regímenes políticos a los desarrollos sociales y económicos siguen frecuentemente una línea de zig-zag. Señalemos para el caso chino reciente los vaivenes desde el «enriquecerse es glorioso», al desarrollo «con pequeño bienestar» (2002), hasta la sugerente idea de «armonía social» que acaba de introducir el sexto pleno del Comité Central del PC chino. Véase el relato de Rafael Poch en *La Vanguardia*, 12 de octubre de 2006, p. 6.
9. Algunas reflexiones, políticas e intelectuales, sobre la cuestión han dejado huella. Recordemos por ejemplo los trabajos del equipo de Dennis Meadows sobre «los límites al crecimiento»: el original es de 1972, y fue un encargo del Club de Roma; el texto fue actualizado en 1991 con el título *Beyond the limits* (versión castellana de 1992, El País-Aguilar, Madrid); y recientemente ha aparecido en castellano la tercera entrega del equipo, *Los límites del crecimiento 30 años después*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2006 (original de 2004). Textos ya antiguos adquieren renovada actualidad, como el de los años cincuenta de Kart William Kapp, *Los costes sociales de la empresa privada* (del cual acaba de aparecer una reedición por Federico Aguilera Klink, Ediciones de La Catarata, 2006); o el artículo de 1966 de Kenneth Boulding, «La economía de la futura nave espacial Tierra»; el de 1971 de Nicholas Georgescu-Roegen, *La ley de la entropía y el proceso económico*; y en la tradición del comunismo autoritario, aunque se trata del libro de un heterodoxo, el de 1978 de Wolfgang Harich, *¿Comunismo sin crecimiento? Babeuf y el Club de Roma*, Materiales, Barcelona. En la tradición de la *Monthly Review*, puede consultarse el magnífico texto de 1988 de Paul Sweezy «Capitalismo y medioambiente», que forma parte del libro de Albert Einstein, Paul Sweezy y Raymond Williams, *El socialismo y el futuro de la humanidad*, ed. Hacer, Barcelona, 2005. Un excelente balance reciente sobre

«una economía a la medida de la Tierra» se encuentra en Lester R. Brown, *Eco-economía*, ed. Hacer, Barcelona, 2003.

10. Véase al respecto, entre otros, el epígrafe «La lección de China» en el libro de Lester R. Brown que se acaba de citar, pp. 15-18.
11. P. 77 del libro de Einstein, Sweezy y Williams citado en la nota 9.